

## **MODOS DE PENSAR LA REALIDAD DE AMERICA Y EL SER-AMERICANO**

Desde un punto de vista filosófico el problema de América es el problema de la problematización de la realidad americana, en el sentido de que es la realidad de América o lo americano en su realidad misma lo que aparece como problemático. En cierta forma puede decirse, pues, que el problema de América es el problema del ser de América, el problema de la verdad de América. ¿Hay un ser, una verdad de América? Tal es, a mi modo de ver, la pregunta fundamental a que ha querido responder la reflexión americana sobre este problema.

Es claro que preguntando de este modo tan radical se quiere llegar a conocer y a comprender la realidad americana en su fondo más íntimo, que se quiere desvelar el misterio con que se presenta envuelta la presencia aparentemente muda de América. Pero lo curioso es que en la reflexión meditadora de los americanos sobre la misteriosa presencia de la tierra americana predomina la tendencia a desvelar el misterio desde un horizonte de signos mágicos que es en sí mismo misterioso y que, en cuanto tal, más que desvelar el misterio de la realidad, lo que hace es rendir culto a la realidad del misterio. Por ello, para entender esta curiosa manera de determinar la realidad de América no basta con buscar el concepto o la idea que los americanos se han formado de su tierra, ni es suficiente tampoco el análisis de la realidad desnuda de América. Hay que ir más a fondo, hay que penetrar, en efecto, en el sentimiento o, mejor dicho, en el pre-sentimiento que despierta su muda presencia en los americanos como eso que se ha dado en llamar «el sentido de la tierra americana». Esto es lo verdaderamente determinante, esto es lo que predomina en la reflexión americana sobre América y lo que hace que esta reflexión se entienda justamente como una meditación consciente de que su movimiento de desvelación de la realidad americana se asienta en una especie de revelación originaria de esta última; una revelación que, por acontecer en la forma del sentimiento o pre-sentimiento del sentido de América, representa a su vez una suerte de intuición de la realidad de América como un mundo nuevo y otro, ausente todavía en su realidad última.

Originariamente América aparece como una presencia fáctica y muda, pero que con el misterio y la magia de sus máscaras hace sentir y pre-sentir el sentido esencial de su realidad oculta. Lo misterioso y lo mágico de su presencia no invitan a pensar ni a re-venir lo que se ve, sino que obligan a soñar, a fabular sobre lo que se cree que su presencia deja entre-ver. Esta experiencia o vivencia de América como realidad que

se deja intuir en cuanto una tierra nueva cuyo sentido último radica presuntamente en ser anuncio de la posibilidad de realización de las más anheladas esperanzas humanas, constituye, a mi parecer, la base de lo que he llamado la tendencia predominante en la reflexión americana sobre el problema de la realidad de América. Su divisa puede resumirse en esta frase: desvelar la realidad de América desde el pre-sentimiento por el que ella misma se revela intuitivamente. Por esto la tarea principal de esta reflexión no es la de pensar sobre o a partir de la realidad dada de América, no es la de reconstruir la realidad de América mediante un proceso de deducción analítica, ni, mucho menos, la de ofrecer una explicación causal de la realidad americana y su sentido. Su tarea radica más bien en soñar la realidad de América desde ese pre-sentimiento por el que ella se anuncia como la sustancia del quizás más antiguo y más humano de todos los sueños humanos: el sueño de un modo nuevo y bueno que sea auténtico hogar del hombre.

Para esta tendencia de la reflexión americanista la América soñada es, pues, más real que la América realmente dada. La verdadera realidad de América sería la realidad soñada, es decir, su verdad consistiría en ser un sueño. Soñar aparece entonces como el camino más adecuado para llegar hasta el fondo mágico de América y desvelar su realidad profunda. «Soñemos, para mejor entender la realidad»<sup>1</sup>, aconsejaba el maestro mexicano Alfonso Reyes.

Consecuente con su máxima, Alfonso Reyes ha soñado la realidad de América y representa, sin duda, uno de los exponentes más distinguidos de esta corriente de la reflexión americanista. Para él, en efecto, América es un sueño y la mejor manera de acercarse a la verdad de este sueño es la de soñarlo, o sea, la de soñar América como Utopía. Y no se piense que esta posibilidad de soñar la realidad de América se abre para el hombre con el acontecimiento histórico del descubrimiento de América. De ninguna manera; muchos siglos antes de ser descubierta, nos dice Alfonso Reyes, América se hace sentir por su ser cubierto, por su ser ausente, siendo precisamente en virtud de su ausencia fáctica materia para el sueño humano de un mundo nuevo. Para el maestro mexicano, en efecto, los mitos y fábulas relativas a aquella misteriosa región del mundo que se presentía como estando aún por descubrir, constituyen un claro presagio de América<sup>2</sup>.

Presentada, solicitada por la mitología y por el poder humano de fabulación, América aparece primariamente como una realidad de ensueño, encantada, fabulosa. Y con el descubrimiento no se pierde este carácter misterioso y mágico de su realidad. América ha brotado del sueño y del mito y éstos determinan su afloramiento como tierra descubierta. De suerte que si el descubrimiento no inicia la posibilidad de soñar la realidad de América, este acontecimiento tampoco representa la clausura de dicha posibilidad. Más bien se podría decir que el descubrimiento le abre nuevas perspectivas a esta posibilidad, que la potencia al ofrecerle una tierra que no sólo despierta esperanzas, sino que se

1 Alfonso Reyes, 'Ultima Tule', en *Obras Completas*, tomo XI (México 1960) p. 76.

2 Cf. Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 60-61.

presenta incluso como el suelo propicio para la realización de las mismas. A partir de su descubrimiento, advierte Alfonso Reyes, «el destino de América —cualesquiera sean las contingencias y los errores de su historia— comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía. América se anuncia con fuertes toques de clarín a la mente de los más altos europeos. ¡Qué primavera de sueños!»<sup>3</sup>.

En efecto, lejos de frenar la capacidad de idealización del hombre, el descubrimiento de América refuerza este poder. Pero por ello mismo la tierra americana no es vista tal y como es, sino que se la ve desde el prisma creado por las esperanzas abrigadas en su mitológico presagio, reforzadas luego por su aparición misma como tierra descubierta. Es decir que la tierra americana, desde su primera emergencia como dato geográfico, es mucho más que una mera región geográfica. Por emerger también del sueño humano como tierra de ensueño, América descubierta es, primera y quizás fundamentalmente, tierra vista y vivida desde el calor de lo soñado. Así más que una simple región geográfica nueva, el continente americano aflora en la historia humana como un nuevo horizonte antropológico.

Bien puede decirse, pues, que el hecho histórico del descubrimiento no cambia la sustancia de eso que se ha presentado o se presiente como la realidad esencial de América. Más aún, parece que el descubrimiento potencia la tendencia a pensar o imaginar la realidad última de América desde una perspectiva marcadamente utópica. Esto se comprueba, según Alfonso Reyes, en el impulso que experimenta la producción de literatura utópica con el descubrimiento del continente americano. Y, precisando la afirmación anterior de que la América descubierta representa un nuevo horizonte antropológico, hay que añadir que el rostro descubierto de América estimula la producción utópica imprimiéndole una clara orientación moral y política. Desde esta perspectiva se explica que algunos estudiosos americanistas insistan en el hecho de que, en sentido estricto, no hay descubrimiento sino más bien invención de América; una invención de América como horizonte de la posible localización histórica de aquel sueño que hasta entonces no había podido ser localizado: el sueño de una humanidad ecuménica, moralmente óptima y feliz.

Inventada, pues, como hogar de lo humano, como escenario de la concreta realización de la humanización acabada del hombre, América es insertada en la historia humana como posible lugar en la revelación realizadora de la verdad del hombre. Con lo cual no se dice más que esto: América emerge, por más allá de la realidad fáctica que manifiesta, con la carga de un destino que la determina o, mejor dicho, que se confunde con su íntima, oculta y tan largamente pre-sentida realidad última.

Que América es utopía significa así que América tiene, para el hom-

3 Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 58.

bre, el sentido y valor de ser representación del destino de su mejoramiento como hombre. Conviene advertir, sin embargo, que según Alfonso Reyes el destino de América no es simplemente de índole americana. Pues no es sólo lo americano lo que está en juego en ese destino, sino lo humano. La causa de América se confunde con la causa del Bien, con la causa del perfeccionamiento del hombre, con la causa de la esperanza del hombre en lo mejor de sí mismo. América se ofrece, en definitiva, y para decirlo con la hermosa expresión acuñada por él, «como una reserva de humanidad»<sup>4</sup>.

En esta tendencia de la reflexión americanista, cuyos rasgos esenciales he expuesto a partir de la figura de Alfonso Reyes y cuya intención fundamental consiste justo en lograr la elucidación del problema de la realidad de América por la vía de la construcción utópica, se inscriben los nombres más señeros de la conciencia intelectual americana. Y fue por ello por lo que se la calificó antes de tendencia predominante en la reflexión americanista. Esta tendencia representa, en efecto, una constante en el esfuerzo constante de los americanos por acercarse a lo que creen intuir como la esencia de lo americano. Sin olvidar a Simón Bolívar con su sueño inventor de la América meridional como la utopía política de la patria de la libertad, recordemos que en esta constante de la invención utópica se encuentran, entre otros muchos, los nombres de Andrés Bello, José Martí, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos. Recordemos, en efecto, la visión de Bello en la que se ve la América española como una comunidad de naciones hermanas llamadas a jugar un papel distinguido y correctivo en el destino político-moral de los pueblos del mundo. Recordemos también la América nuestra que soñara José Martí como cuna de una humanidad nueva, centrada en el amor y viviendo en armonía casi sagrada con la naturaleza. Recordemos a Eugenio María de Hostos y su visión de América como un templo natural, como un lugar llamado a ser el corazón del reino de la justicia. Recordemos igualmente a José Enrique Rodó quien, sintiendo América como un problema de dolorosa búsqueda de identidad espiritual, la soñó como baluarte del sentido idealista de la vida. Recordemos a Pedro Henríquez Ureña, visionario de una América unida y solidaria, patria de la justicia y de un hombre universal. Recordemos a Antonio Caso, que se acercó a América desde la invención de su sentido como asiento natural para la prolongación de la cultura de la humanidad. Recordemos, por último, a José Vasconcelos con su profecía de que América está llamada a ser el fermento e impulso definitivo para la aparición de la raza cósmica.

La concepción del ser de América como utopía tiene, naturalmente, consecuencias de primer orden para el tratamiento del problema del modo de ser americano. Más aún, esta concepción implica en sí misma una respuesta al problema de la determinación del peculiar carácter de lo americano como manera humana de ser. Si el ser de América, si su realidad y verdad últimas consisten en ser Utopía, utopía simbolizadora de la posible resolución histórica del ideal de una humanidad nueva

<sup>4</sup> Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 60.

y consumadora de lo humano, es entonces perfectamente coherente representarse lo americano, en cuanto manera de ser, justo como aquella figura de la existencia humana que, en su íntima constitución, está gobernada, determinada y permeada por la precomprensión de la realidad última de América en términos de Utopía. Desde la perspectiva establecida por el acercamiento a la esencia de América mediante la invención utópica, hay que pensar el modo de ser americano, por tanto, como aquel modo de ser al que le es consustancial una apertura radical hacia lo utópico. Dicho en otras palabras, en virtud de una precomprensión del sentido de América como Utopía, el hombre americano tendría el talante de existir su ser en la forma de un estar abierto a la realidad profunda de América en tanto que realidad por-venir. Esta determinación del modo de ser americano como un estar-abierto-a la Utopía de América es, sin embargo, profundamente ambivalente. Veamos.

Decir que el hombre americano está abierto esencialmente a la Utopía de América y que vive o presiente dicha utopía como *su* utopía, esto es, como el anuncio de sí mismo en tanto que hombre verdadero habitando una tierra convertida en hogar de la verdad del hombre, puede significar, por una parte, la esencial apertura del americano a un orden político y moral de suprema calidad humana; su consustancial tendencia a entender y gobernar el ser desde la normatividad ideal de un deber ser intuitivamente captado; puede expresar, en fin, su especial sensibilidad y capacidad para entender su ser hombre en el sentido de una tarea moral cuya realización siente como un deber, al presentir que de su acabamiento pende justamente el encuentro de su identidad como hombre. Vista de esta forma, la apertura a la utopía caracterizaría la peculiaridad del modo de ser del hombre americano en tanto que hombre que vive su ser en la forma de estar en camino hacia aquella forma ideal de lo humano que precomprende como lo mejor de sí mismo. El modo de ser americano sería así un camino de perfección; el camino del perfeccionamiento moral del hombre, el movimiento totalizador del hombre en busca de sí mismo como plena existencia moral. De esta suerte, pues, la consustancial apertura del americano a lo utópico, lejos de representar un momento alienante, representaría la base sólida de su vocación y destino libertarios; en cuanto que sería justamente su sentido de lo utópico lo que le conduciría a valorar las situaciones presentes como situaciones humanamente insostenibles, como situaciones a superar en dirección al ideal utópico pre-visto. Su sentido utópico sería así, por tanto, el verdadero impulso, la auténtica motivación de una acción perfeccionadora del mundo y de la vida. Y éste ha sido, con toda seguridad, el sentido profundo que le inventaron a América los clásicos de la conciencia intelectual americana al imaginaria como Utopía. Que América es Utopía quiere decir para ellos que América es un ideal con el que nacemos y, quizás principalmente, un ideal desde el que tenemos que renacer como hombres nuevos. Desde la perspectiva de Martí o de Hostos, de Henríquez Ureña o de Reyes, la utopía de América no conduce a soñar, no lleva al quietismo ni a la impacibilidad. Por el contrario, la invención de América como Utopía es fuerza de busca y de conquista,

es impulso hacia el futuro y aspiración de realizarlo en su más perfectas posibilidades.

Por otra parte, sin embargo, esta invención de América como Utopía y su subsiguiente apertura consustancial a lo utópico en el modo de ser americano pueden ser expresión clara de una de las fuentes más profundas de la alienación del hombre en el nuevo mundo. Aquí podría encontrarse, en efecto, la raíz de una falsa y engañadora autoconciencia; de una conciencia por la que el americano se comprendería como expresión de una experiencia especial de lo humano y, por lo mismo, como un tipo de hombre ontológicamente privilegiado, llamado a cumplir en forma acabada ese ideal por realizar que es la humanidad del hombre. Pero esta conciencia es falsa y engañadora porque por ella el hombre americano da por suyo propio la ilusión de un sí mismo inventado o, si se quiere, porque esa conciencia le facilita no una mediación hacia sí mismo, sino más bien la posición incondicionada de un sí mismo utópico. Es falsa, pues, porque en ella no hay conocimiento sino fabulación del ser; y es también engañadora porque no es fermento ni condición para el proyectarse propio del hombre, para el proyectarse como liberación consumadora de posibilidades que el hombre descubre en sí mismo. Esta conciencia induce y conduce, por el contrario, a la mágica conjuración del ser humano como pro-yecto de ser sí mismo; pues ella es conciencia de un sí mismo que, por ser invención utópica aparece como una promesa que se anuncia, como aquello que, en virtud de la fuerza de su mismo deber ser utópico, ha de acontecer, transportándonos así a una actitud de pasiva espera ante nuestro propio ser.

A la luz de las consideraciones precedentes bien se podría interpretar la llamada apertura consustancial del hombre americano a lo utópico como la condición de la posibilidad de eso que el venezolano Ernesto Mayz Vallenilla ha llamado el existenciario o talante fundamental del modo de ser americano, a saber, la Expectativa. En su ensayo *El Problema de América* el pensador venezolano utiliza la metodología fenomenológica y, más concretamente, elementos de la *Daseinsanalytik* heideggeriana para poner de manifiesto la originariedad del ser americano, llegando a la conclusión de que lo originario del americano es precisamente ese existenciario de la expectación de lo nuevo. El americano tendría una comprensión preontológica de su mundo, de su ser y de su ser en el mundo como algo nuevo, que no es todavía y que se anuncia como lo Ad-veniente. Por esto, en su constitución más íntima, el ser del americano implica el temple del estar a la espera, a la expectativa de sí mismo como lo Advenidero. O sea que su peculiar modo de ser parece consistir en un no llegar a ser o, como dice Mayz Vallenilla, en un «no-ser-todavía». Por esto mismo el americano corre el riesgo de convertirse en un hombre con la trágica peculiaridad de existir su ser en la forma de un «no-ser-siempre-todavía». Aquí radica el verdadero problema de América, que es el problema ontológico de saber si el ser de América o del hombre americano es algo nuevo adviniente que simplemente no es todavía o si, por el contrario, el ser americano consiste en ser lo Ad-venidero que no adviene nunca, en ser justo un no-ser-siempre-todavía. Tal es la encrucijada que debe resolver el hombre americano, y debe resolverla

con plena conciencia de que lo que está en juego en ella es su modo de ser.

Para Mayz Vallenilla, por tanto, el modo de ser del hombre americano está en vilo todavía, pende aún; y todo dependerá de si ese estar suspenso se resuelve en una decisión de resolución de las posibilidades pendientes en el terreno concreto de la historia o si permanecerá en la indiferente indecisión del estar siempre suspenso. Esto quiere decir que la revelación histórica del modo de ser americano como un no-ser-siempre-todavía no debe interpretarse en el sentido de una realidad metafísica inmutable. O sea que queda abierta la posibilidad histórica de que el americano viva su estar a la expectativa no como una resignada espera, sino como condición para su realización práctica, para la realización consumadora de posibilidades históricas concretas. En este sentido, pues, el temple de la expectativa tendría como consecuencia práctica la acción encaminada a la conquista del futuro, y no la espera resignada de un advenimiento que no adviene.

Vista desde la perspectiva propuesta la reflexión de Mayz Vallenilla sobre el estar a la expectativa como temple fundamental del modo de ser americano implica un claro cambio de rumbo en la meditación antropológica americanista, puesto que trata de concretizar lo que aquí se ha llamado la peculiar apertura a lo utópico del hombre americano en el sentido metafísico de un estar radicalmente abierto a las posibilidades más propias de su propio ser. De suerte que la reflexión del pensador venezolano puede considerarse como un correctivo a esa tendencia predominante de la meditación americanista que busca el esclarecimiento del modo de ser americano por la vía de la invención utópica. Así lo ha entendido, por ejemplo, Leopoldo Zea quien ha intentado concretizar históricamente la reflexión metafísica de Mayz Vallenilla.

Según Leopoldo Zea la invención de América como Utopía es una de las causas que han impedido el que la América española encuentre su propia identidad a través de un desarrollo histórico evolutivo y progresivo. La representación utópica de América ha bloqueado un proceso semejante, puesto que ha provocado en la mente del hombre americano una radical disociación de las dimensiones históricas fundamentales de pasado, presente y futuro. Por pre-sentir América como una Utopía anhelada y situada por más allá de todo acontecer histórico, el hombre americano rompe con su pasado; no se apoya en él, no lo asume como suyo. El pasado es la negación de su anhelado ser y, en cuanto tal, algo que debe ser nihilizado. De esta forma el presente se vive como posibilidad de negar lo que se ha sido. Con lo cual se niega toda posibilidad de asumir ambas dimensiones en el sentido de un apoyo para la realización del futuro. Desligado del presente y del pasado el futuro aparece como una realidad soñada, anhelada, deseada. Es lo absolutamente otro, lo radicalmente nuevo, lo que, por estar desligado de nuestra historia, aparece como estando también fuera del alcance de nuestro obrar histórico.

Para Zea, por tanto, la invención utópica de América tiene la consecuencia de despertar en el americano una falsa conciencia histó-

rica o, quizás mejor, una conciencia ahistórica; una conciencia que mantiene una relación perturbada con lo histórico y que, por lo mismo, bloquea la comprensión del propio ser en términos de quehacer y de tarea. Esto explicaría que el americano no se sienta llamado a la acción, a la empresa histórica de realizar su ser mediante una decidida resolución de sus posibilidades en la práctica, sino que tienda más bien a tomar una actitud pasiva y expectante frente a sí mismo en tanto que ser-por-venir.

Zea llega, pues, a una apreciación del hombre americano que coincide, en lo fundamental, con el resultado de la reflexión metafísica de Mayz Vallenilla. La falsa conciencia de sí mismo como ser absolutamente futuro, como ser utópico, equivaldría, en efecto, a lo que el pensador venezolano llama modo de revelación de la existencia americana como un no-ser-siempre-todavía. Por esto coincide también Leopoldo Zea con Mayz Vallenilla en la constatación de que el modo de ser americano parece estar dominado por el temple de la espera<sup>5</sup>. Con Mayz Vallenilla observa además Leopoldo Zea que el hombre americano, en cuanto ser expectante, no está condenado a llevar una existencia que se devore a sí misma en una espera absurda. El hombre americano puede vivir su estar a la expectativa como la apertura radical que lo prepara y pone en condiciones de hacer frente, es decir, de actuar frente a lo que le ad-venga. «Con lo cual, así interpreta Zea, un modo de ser que pudiera ser simplemente negativo adquiere caracteres positivos: los del hombre al filo o borde de todas las posibilidades»<sup>6</sup>. De donde se sigue que para Zea y con ello concretiza la reflexión de Mayz Vallenilla —la posibilidad de que el existenciario iberoamericano de la expectativa cobre un carácter positivo históricamente positivo, depende de una conversión radical de la conciencia del hombre americano o, si se quiere, de un cambio fundamental de su actitud frente al acontecer histórico. Hablando en su terminología, la expectativa será expresión de un modo de ser positivo sólo cuando el hombre americano, sacudiéndose su mentalidad milenarista, asuma su pasado y su presente y los utilice como puntos de apoyo para alcanzar un futuro vivido como dimensión históricamente realizable.

La salida que propone Leopoldo Zea pasa, pues, por el camino de la conversión a la historia como real dimensión del ser humano. O sea que la posibilidad que tiene el hombre americano para que su ser no se convierta en el destino de tener que estar siempre a la expectativa, en el destino del no-ser-siempre-todavía, es la de asumir una actitud realmente histórica frente a sí mismo y a su mundo; una actitud que lo libere de esa mentalidad milenarista que le ha conducido a negar su pasado y a ver en el presente sólo un instrumento para la propia nihilización. De lo que se trata, en el fondo, es de que el americano se cure de esa especie de maniática tendencia a vivir renunciando a su propio ser, para que, por la vía de la superación asimiladora de los resultados de su hacer, se incorpore de lleno a la historia de la humanidad. Para que esta incorporación represente la solución del problema de América

5 Cf. Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, 3 ed. (Barcelona 1976) p. 23.

6 Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 23.



es necesario, sin embargo, que suceda sobre la base de la igualdad y la solidaridad; es decir que América se incorpore a la historia universal desde sí misma y para ser sí misma y no obligada a tener que renunciar a su identidad. Una incorporación semejante supone, naturalmente, un requisito indispensable: que la América española vuelva sus ojos a la propia realidad, que se descubra a sí misma como realidad histórica y tome conciencia de lo suyo propio.

Para Zea, sin embargo, esta toma de conciencia de América no es sólo motivo de optimismo frente al futuro de las naciones americanas como comunidad de pueblos integrada en la historia universal. Pues, y resultando quizás un tanto inconsecuente con su reclamada incorporación solidaria a la historia, piensa que la América hispana, justo en base a la toma de conciencia de su mestizaje cultural, puede descubrirse como comunidad cultural llamada a jugar una misión especial en la historia de la humanidad<sup>7</sup>.

Otro de los pensadores que reaccionan contra la tendencia a acercarse a la realidad americana por la vía de la utopía es el argentino Alberto Caturelli. En su ensayo *América bifronte* señala Caturelli que la actitud de soñar una América utópica resulta tan alienante como la que sostiene la nidad del ser americano; pues como ésta última, la construcción utópica es también una manera de negar la realidad ontológica de lo americano. Por esto Caturelli no quiere acercarse a América ni por el camino engañoso de la invención utópica, ni tampoco por la vía de negar *a priori* la consistencia de la realidad americana. Como se puede deducir del título de su ensayo mencionado, Caturelli prefiere filosofar sobre el ser americano a partir de esas dos caras con las que América se ofrece casi espontáneamente.

Para Caturelli, en efecto, América es bifronte. Una de sus caras, la primera, es la América que se nos da en su estado bruto y primitivo, en su entitativa y muda oscuridad de realidad no descubierta. Es la Veteroamérica, la América no visitada ni fecundada aún por el espíritu. Es la América de la magia y del instinto sordo, de la presencia muda y de las fuerzas telúricas impenetrables. Frente a esta cara de América, que es la América indígena, se encuentra la América descubierta, la América a la que se ha acercado el espíritu para romper su mudez y hacerla emerger como ser patente e interpelante<sup>8</sup>.

Que América es bifronte significa, por tanto, que en su realidad profunda América es una entidad bifida hendida en dos partes o caras que se miran con tensión y rivalidad. América parece ser la lucha de sus dos caras o, si se prefiere, su ser parece pender de esa lucha entre la América originaria o Veteroamérica y la América descubierta o Neoamérica. Y conviene notar que esta pugna no brota del hecho de que la América descubierta se imponga a la América primitiva como una adición extraña, como una superposición de espíritu europeo. No, la América descubierta no se sobrepone sino que supone a la América originaria; pues brota de ella, es emergencia del sentido de América a partir de la

7 Cf. Leopoldo Zea, *América en la historia* (Madrid 1970) pp. 178-79.

8 Cf. Alberto Caturelli, *América bifronte* (Buenos Aires 1961) p. 59.

obscuridad muda de Veteoamérica. Pero precisamente por ello se produce la lucha. La mudez y opacidad de la América originaria, su ciega realidad telúrica se resiste a la visita del espíritu y a su obra de patentización clarificante. América primitiva quiere seguir velada, cubierta; se opone al acto del des-cubrimiento, es decir, al acto por el que el espíritu la fecunda y la integra en su proceso de revelación. De aquí que, como observa Caturelli, «América originaria tiende siempre a devorar, como por una succión, la emersión, por mínima que sea, de la América de-velada, que es, en definitiva, la verdadera América. Porque América originaria es como nada. América comienza a *ser* cuando es de-velada como tal. América originaria tiene la mudez pétrea de lo primitivo y lo clauso. No *existe* para el espíritu aunque exista como ente. Simplemente no es. Comienza a ser con el acto de des-cubrimiento»<sup>9</sup>.

La pugna entre las dos caras de América se puede interpretar, por tanto, como la lucha del espíritu que se pone a sí mismo como realidad patente para sí con la opaca materialidad de una entidad indiferente que se resiste, con la fuerza toda de la inercia de su indiferencia, a la actividad creadora del espíritu. América bifronte es, en una palabra, una lucha sin cuartel entre lo telúrico y lo espiritual; una lucha en la que, como se apuntó arriba, está suspenso el ser de América. Aquí se juega, en efecto, la verdad de América como ser, la posibilidad ontológica que le ha deparado la visita del espíritu con el acto del des-cubrimiento y que consiste justo en el ser y permanecer en la verdad del espíritu. Pues a pesar de la grandiosa obra espiritual de España, América descubierta es eso, una posibilidad de ser; una posibilidad que está en permanente peligro de ser frustrada y anulada, ya que frente a ella está esa tendencia sorda de la América telúrica de la América succionadora del espíritu, de la América que sofoca el ser del espíritu recuperándose a sí misma como fondo abismal. La América originaria no se ha rendido al espíritu. Sigue en pie y lucha contra la obra des-cubridora del espíritu. Es una trampa siempre tendida, la trampa del no ser. Es también, en un plano más concreto, una fuerza siempre seductora, una especie de contra-finalidad, o sea, una finalidad que obra contra la finalidad del espíritu, que agobia y quiebra, de continuo, su impulso creador. Así las perversiones de la América de-velada, las figuras bastardas y degeneradas del espíritu en América serían el efecto directo de la sofocante influencia del mundo primitivo americano. Y es que, en América, el espíritu no puede hacer un alto en su camino revelador. Es cierto, concede Caturelli, que ha logrado levantar islotes de vida cultural auténtica; pero si desmaya en su esfuerzo, si reposa, su obra se quiebra bajo el peso de la presencia sorda de la América originaria.

La cara abisal de América hace, pues, que su otra cara, la cara de-velada por el espíritu sea la figura por la que América se revela como un proyecto; un proyecto que además está siempre en peligro. En cuanto proyecto de sentido, América descubierta es, en verdad, un proyecto de fragilidad angustiante; un proyecto que, posiblemente, no encontrará

<sup>9</sup> Alberto Caturelli, *op. cit.*, p. 63.

nunca un grado de realización que le permita sentirse seguro contra la tentación de la América telúrica, contra su instinto decorador. De esta fragilidad consustancial a la América des-cubierta proviene justamente esa angustiante inestabilidad que, según Caturelli, acompaña a todas las manifestaciones de la vida del espíritu en América y que despierta en sus hombres cultos un sentimiento de especial y permanente desasosiego<sup>10</sup>.

De las consideraciones de Caturelli en torno a la constitución bifrontal de América se desprende, por otra parte, que el hombre americano vive en un mundo que es hostil a su vocación de ser hombre como vocación de escuchar y responder al llamado del ser, del espíritu. El mundo americano, el mundo de la América originaria es un mundo que conserva todavía toda la impenetrabilidad propia de su fondo abisal y telúrico; una impenetrabilidad que provoca una misteriosa inquietud en el hombre de América, un sentimiento de inseguridad y soledad. América, con su impenetrable originariedad, le amenaza con disolverlo en su mundo mudo y clauso. Lejos de ser, pues, el lugar conocido que él eleva a mundo vivido e integrado en su movimiento histórico, América representa para el hombre americano una tierra extraña y misteriosa, una tierra que le escapa, que le excede en todas sus dimensiones; una tierra desbordante que se niega a convertirse en hogar del hombre, que no quiere ser humanizada, sino, por el contrario, naturalizar al hombre, es decir, embotar y degenerar su espíritu con su fuerza telúrica<sup>11</sup>.

A la luz de esta interpretación se ve que el modo de ser del hombre americano conlleva la peculiaridad de que en su existencia está siempre en peligro su ser más propio. Por el ambiente hostil en que se encuentra, porque está en un mundo que no es su mundo, el hombre americano existe su modo de ser bajo la constante amenaza de perderlo, de serlo en forma bastarda o degenerada, de verlo sofocado por la fuerza sorda de ese mundo originario, casi impermeable a la labor reveladora del espíritu. Mas este estar siempre en peligro no significa que el hombre americano esté perdido, que sea una existencia condenada a parecer en el misterioso torbellino de la América abisal. Pues, por esa otra cara des-cubierta de América, el hombre americano dispone ya de una base sólida para ir cumpliendo la obra reveladora del espíritu y convertir así su tierra en fuente de vida propia.

Otro pensador americano que no ha querido imaginar el sentido de América, sino que se ha esforzado por descubrir su ser y destino a partir de un análisis interpretativo de esa realidad americana que, aunque presente, permanece todavía en estado velado, es Rodolfo Kusch. En su libro *América Profunda* intenta Kusch desentrañar el sentido de lo americano; llegar a la realidad profunda de América por la vía del ir adentrándose en sus entrañas para poder así desentrañar el mensaje de su velado fondo. Desde esta perspectiva el mundo americano originario, el mundo de las culturas americanas precolombinas gana una importancia de primer orden para la cabal determinación del sentido

10 Cf. Alberto Caturelli, *op. cit.*, pp. 63-4.

11 Cf. Alberto Caturelli, *op. cit.*, pp. 70-71.

profundo del ser americano. Y no se piense que con ello Kusch quiere reducir unilateralmente la profundidad de América a su parte indígena. No, Kusch es consciente del fenómeno americano en tanto que realidad que se manifiesta remitiendo a una constitución de esencial mestizaje. Por esto, en un planteamiento que recuerda en parte lo esencial de la meditación de Caturelli sobre América como entidad bifronte, hace observar Kusch que América, en cuanto realidad manifiesta, aparece ya en su misma aparición como revelación tímida de un fondo bipolar, de un ser de entrañas dobles o, si se prefiere, de un ser que lucha por emerger como configuración armónica de las dos raíces opuestas que constituyen su posibilidad misma de ser. La búsqueda del sentido profundo de lo americano tiene que hacer justicia, por tanto, a esas dos partes que se anuncian en la emergencia de América como constitutivas de su mestizaje, a saber, la indígena y la europea. Con razón, pues, señala Kusch lo siguiente: «La intuición que bosquejo aquí oscila entre dos polos. Uno es el que llamo el ser, o ser alguien, y que descubro en la actividad burguesa de la Europa del siglo xvi y, el otro, el estar, o estar aquí, que considero como una modalidad profunda de la cultura precolombina... Ambas son dos raíces profundas de nuestra mente mestiza —de la que participamos blancos y pardos— y que se da en la cultura, en la política, en la sociedad y en la psique de nuestro ámbito»<sup>12</sup>.

El hecho de que en su búsqueda del sentido de lo americano Kusch conceda al mundo indígena una importancia de primer orden, no puede entenderse entonces como un desconocimiento de eso que Caturelli llama la constitutiva entidad bifrontal de América. Ciertamente es, sin embargo, que con ello se privilegia en forma expresa uno de los polos de la realidad americana. Para Kusch, en efecto, el mundo de las culturas americanas precolombinas debe ser retomado, recuperado. Pero no en un sentido de mera integración pasiva, pues se trata de una recuperación de lo antiguo que debe ponernos en condiciones de recuperarnos a nosotros mismos en tanto que hombres nuevos y salvos. «En América, nos dice Kusch, se plantea ante todo un problema de integridad mental y la solución consiste en retomar el antiguo mundo para ganar la salud»<sup>13</sup>. Se privilegia, por consiguiente, al mundo americano originario no sólo porque sin él no hay sentido de lo americano, sino también, y quizás fundamentalmente, porque sin él no se puede salvar lo americano. Y es que, a diferencia de Caturelli para el que las culturas precolombinas permanecieron en ese estadio mudo y ajeno al espíritu que él llama estadio del puro ser en bruto, Kusch entiende que el antiguo mundo de América es, sin duda, un mundo vivido, un mundo alumbrado ya por el espíritu, un mundo, en fin, permeado por una experiencia vital y espiritual de cuño particular.

Desde la perspectiva de Kusch es falso, pues, interpretar el descubrimiento de América por el espíritu europeo como el acontecimiento por el que el espíritu adviene a la tierra americana. La América antigua, la América supuestamente muda y telúrica y resistente a la acción del

12 Rodolfo Kusch, *América Profunda* (Buenos Aires 1975) p. 7.

13 Rodolfo Kusch, *op. cit.*, p. 6.

espíritu, tiene una profunda visión de sí; una visión que, por ser suya, es otra que la aportada por el espíritu europeo, pero no por ello menos espiritual. De esta suerte el descubrimiento de América por hombres provenientes de Europa no representa el acontecimiento por el que el espíritu entra en el nuevo mundo, sino más bien el del espíritu consigo mismo bajo la forma de dos experiencias humanas distintas<sup>14</sup>.

Lo que se produce con el descubrimiento es, pues, el choque de dos experiencias humanas opuestas. La experiencia del hombre europeo, del hombre que ha hecho del mundo su campo de acción. Para él, el mundo es lo que él constituye, afecta y modifica según las necesidades de su subjetividad en despliegue dominador. Es, según la terminología de Kusch, el hombre del *ser*, es decir, del dominio, del activismo, de la ejecución. Frente a esta experiencia se halla la del hombre americano originario, que es la experiencia antagónica de la vivencia estática del mundo; la experiencia del hombre que *está* en el mundo, en el sentido de encontrarse vertido en él, de ser afectado por él. Este hombre no quiere dominar al mundo, no quiere someterlo a su poder, no quiere, como el europeo, *ser alguien*. Lo que persigue, por el contrario es someterse al ambiente, identificarse con el mundo. Su forma de buscar refugio y amparo es justo la de estar en el mundo sin luchar contra él. No por el dominio o la diferenciación, sino por la contemplación y la identificación quiere él estar bien en el mundo. No quiere *ser* contra o a costa del mundo; quiere estar simplemente en el mundo. Tales son las dos experiencias humanas que se encuentran en América. Por esto, con el descubrimiento, no empieza una lucha entre el espíritu y lo telúrico. Son dos experiencias espirituales las que chocan entre sí, la del *ser* y la del *estar*. De esta lucha depende el destino de América y del hombre americano, o, mejor dicho, la afloración del verdadero sentido de América y de su misión en el mundo depende de que el fondo originario de América se imponga, reoriente y transforme radicalmente con su cultura del estar la tendencia dominadora y soberbia del *ser*.

Para comprender mejor la personal interpretación de Kusch conviene insistir todavía en lo esencial de su meditación: la diferenciación radical entre el *ser* y el *estar* como experiencias humanas de comprensión del mundo y de realización del existir en el mundo. Conviene recordar, en efecto, que, según Kusch, el *ser* no es lo primigenio, ni lo originario, ni lo esencial. El mundo cultural del *ser*, el hombre que vive su existencia en la forma de ser bajo la esclavizante tensión del tener que *ser alguien*, ese mundo y ese hombre no son lo originario, lo que consiste por sí y desde sí. Son algo producido. Un hombre y un mundo que se producen, sin embargo al reproducirse a sí mismos como objetos y utensilios. El mundo del *ser* es, pues, el mundo de lo hecho, del hacer, de la acción dominadora; un mundo construido que busca su consistencia justo en la construcción de sí como objetividad. Por esto el *ser* es agresivo e invasor. Agrede e invade la vida para dominarla y someterla a los fines de su febril tensión por *ser alguien*. El mundo del *estar*, por el contrario, representa una relación espontánea, originaria y directa a la vida. Es

14 Cf. Rodolfo Kusch, *op. cit.*, p. 146.

expresión de la vida, está marcado por ella y su ritmo del plácido darse y acontecer sin más. Por esto el hombre del estar es un hombre que contempla, que se abstiene, que ayuna; un hombre para el que el mundo no es algo a consumir, sino el ámbito de su *estar*.

El antagonismo patente de estas dos experiencias humanas fundamentales lo resume Rodolfo Kusch en los términos siguientes: «El *estar* aquí es previo al *ser* alguien porque supone un estado de recolección, de crecimiento o acumulación y, por lo tanto, de privación y de ayuno de objetos y de elementos... El *ser*, en cambio es absoluto: tiene su propio mundo, el del mercader con su atado de géneros que invade agresivamente el mundo original del *estar*, como lo hizo Pizarro o lo hacen hoy los cohetes espaciales. El *ser*, para tener consistencia, crea cosas, como las ciudades con sus objetos y utensilios haciéndose masculino en su actitud de agredir todo aquello que no responda a su fin»<sup>15</sup>.

El *estar*, y no el *ser*, el mero *estar* aquí es lo originario, lo natural, lo esencial y, por lo mismo, lo verdaderamente auténtico. El *ser* es lo accidental, lo circunstancial, lo transitorio. Tal es, en resumen, la profunda y decisiva enseñanza que imparte la cultura originaria de América en tanto que cultura del mero *estar*. De aquí que Kusch, a diferencia de Caturelli, no proponga el ir esclareciendo el supuesto fondo oscuro de América con la luz del espíritu europeo. Su propuesta va justo en la dirección contraria. Para él se trata, en verdad, de ir a las entrañas de la América indígena para des-entrañar la luz de su visión del mundo y sobrealumbrar con ella lo americano en su totalidad. Dicho con otras palabras, la cultura del mero estar de la América primitiva lleva en sí una profunda sabiduría que, en cuanto saber vital, nos puede facilitar el sentido íntimo de América justo como un camino de redención y salvación. En efecto, pues la sabiduría implicada en la estática de la cultura del mero *estar* representa, en el fondo, un camino para liberarse del peso y de la oprimente tensión de ese mundo de objetos creado por la cultura del *ser*. Más aún, el mero *estar* nos descubre la «objetividad» del *ser* como una pantalla que hemos echado sobre la vida para ocultarnos su verdadera interioridad. De esta suerte la sabiduría del *estar* nos invita al ayuno, a la abstención frente a los objetos y nos pone así en condiciones de liberarnos del culto a lo objetivo, a lo exterior, a las cosas. Es, pues, una sabiduría que rompe el culto a la objetividad producida por el *ser* como ejecución, para señalar el camino liberador del humilde recogimiento interior.

Esa sabiduría latente en su mero *estar* es, para Kusch, la gran lección, la esencial enseñanza de América. Una sabiduría ésta que es, además, anuncio del sentido y del destino de América: resolver el problema del hombre en el mundo por el camino de un saber de corte religioso en torno al hombre y al mundo. He aquí la conclusión de la meditación de Kusch sobre el ser americano, que, por su carácter de síntesis, nos permitimos transcribir en toda su extensión: «Así lo exigen nuevamente la gravedad de antiguos mandatos de un viejo mundo, en medio de la

15 Rodolfo Kusch, *op. cit.*, p. 177.

ira de Dios que nos puede destruir y que se da en el interior de nuestras repúblicas. Todo como si viéramos al antiguo camino de la especie desde la lejana prehistoria, que siempre fue el antiguo camino de América, un camino que nunca pierde de vista una humanidad integrada por machos y hembras que persiguen el fruto. Y todo eso dejando el patio de los objetos, porque no es más que un simple accesorio, como un esfuerzo magnífico, pero que, sin embargo, no ha sabido resolver ese problema antiquísimo del hombre, que nos vuelve a plantear América. Quizá sea nuestro destino el de volver a ser aquí hombres sin sucedáneos, porque ese es el destino de América: la comunidad y la reintegración de la especie»<sup>16</sup>.

No es difícil ver que la reflexión americanista de Rodolfo Kusch resume una opción antropológica de claro contenido político, a saber, su fe, su confianza en la capacidad humana de los sectores populares de América: el indio, el mestizo, el negro. Estos son los marginados de hoy, pero en ellos late y vive el profundo sentido de lo americano y representan así la reserva espiritual que posibilitará la redención de América. En esta perspectiva de opción por el pueblo, o sea, de acceder a la realidad y al sentido de América por la lectura atenta de la tradición, historia y existencia concreta de los grupos humanos más connaturales a ella, se sitúa también la reflexión de Enrique D. Dussel en torno a América y a su destino. En la reflexión de Dussel, sin embargo, el momento político no es un simple trasfondo o una consecuencia que se trasluce. Su reflexión es de marcada intención política. Más aún, su discurso sobre América es un discurso filosófico-político.

Para Dussel, por tanto, leer el sentido de América en el pueblo americano, significa primeramente descubrir una historia trágica: la amarga historia de un pueblo dependiente y oprimido. La historia de un pueblo cuya calidad humana ha sido cuestionada, de un pueblo que se ha visto asumido como objeto o instrumento en el proyecto histórico de la miseria totalitaria de la Europa imperialista. El pueblo, el hombre americano no fue reconocido como figura otra de lo humano, sino que fue puesto en la alteridad absoluta de lo que es otro que lo humano. A este respecto señala Dussel que «América latina es el hijo de la madre amerindia dominada y del padre hispánico dominador. El hijo, el otro oprimido por la pedagogía dominadora de la totalidad europea, incluido en ella como el bárbaro, el *bon sauvage*, el primitivo o subdesarrollado. El hijo no respetado como otro sino negado como ente conocido»<sup>17</sup>.

A esta luz América es primeramente, la historia de su pueblo, la historia del hombre americano. Y esta historia se nos revela justo como la historia de un hombre dependiente y oprimido por el espíritu dominante de aquel otro hombre que se ha entendido como «voluntad de poder». La realidad de América consiste así en ser el otro oprimido, es decir, en ser ese otro que, por haber sido negado en tanto que otro hombre, se ha visto obligado a no ser él a no tener un proyecto propio. Es el

16 Rodolfo Kusch, *op. cit.*, p. 222.

17 Enrique D. Dussel, *Método para una filosofía de la liberación* (Salamanca 1974) p. 195.

otro a quien sólo se le ha dado la posibilidad de perderse a sí mismo. El ser americano es así un ser negado, un ser históricamente oprimido por la expansión de la voluntad de dominio del hombre nordatlántico. La realidad americana es, pues, dependencia y alteridad.

Para Dussel, sin embargo, esta situación de aparente miseria ontológica, de aparente infundamentalidad metafísica, es justo la que predispone a la América mestiza para jugar un papel de primer orden en la historia de la humanidad. Dussel cree poder constatar, en efecto, que entre las regiones que conforman la llamada periferia subdesarrollada del mundo actual la América de sangre latina ocupa una situación metafísicamente distinta y única, puesto que «es el único grupo socio-cultural dependiente que tiene tras de sí una 'cristiandad-colonial'. Con el mundo islámico guarda un parentesco profundo (ambos desciende de los pueblos semitas); con el Africa negra tiene igualmente una relación constitutiva (sus esclavos fueron vendidos en América colonial a cambio del oro y la plata de los indios, y forman parte con su raza, religiones y hasta lengua de muchos pueblos latinoamericanos). Con la India y el Sudeste asiático guarda la semejanza de su posición de periferia subdesarrollada. Se distingue sin embargo de todos ellos por depender casi exclusivamente de Estados Unidos (desde un punto de vista económico, político y militar) y de Europa latina (cultural y religiosamente)»<sup>18</sup>.

Esta situación única, como acabamos de apuntar, es la que predispone a América a emerger como realidad de carácter también único, es decir, a redescubrirse desde aquello por lo que precisamente ha sido oprimida y negada desde su descubrimiento mismo: su novedad y distinción originarias. Pero justo por ir redescubriéndose y recuperándose desde la alteridad, o sea, desde la distinción original de su ser, América con su proyecto de ser sí misma está llamada a ocupar además un lugar especial en la historia universal. A ella corresponde, en efecto, proponer su proyecto de ser como un camino de conversión histórica, de conversión al otro hombre en tanto que otro; pues su proyecto, basándose en la experiencia de la alteridad negada, no es el proyecto de una totalidad totalitaria que busca resolverlo todo en una mismidad absoluta, sino el proyecto de totalización de lo semejante en su realidad profunda de ser otro. Para decirlo en una frase, la negada América mestiza, la despreciada realidad de América tiene el profundo sentido de ser base e inicio de un proyecto de ser de carácter destinal para la humanidad toda: el proyecto de una humanidad ecuménica analógica.

Si pasamos revista a las distintas concepciones expuestas hasta ahora en torno al problema de América y del modo de ser americano, descubriremos con facilidad que la reflexión americanista tiene dificultad en pensar lo americano sin recurrir de una forma u otra a la invención utópica. Y esto es válido incluso para aquellos pensadores que, como Zea, Caturelli o Dussel, entienden su meditación sobre América en el sentido de una clara reacción a la tendencia clásica y predominante en la reflexión americanista, que busca abiertamente la determinación de

18 Enrique D. Dussel, *op. cit.*, pp. 220-21.



lo americano desde la utopía. Sin negar el fundamento histórico o el carácter estrictamente filosófico dado a su argumentación, se ve, en efecto, que estos pensadores que rechazan la interpretación utópica de América no son consecuentes del todo con su postulado o planteamiento e intentan, por su parte, asegurarle a América un sentido, un destino especial en la historia universal, recurriendo justamente a la imaginación utópica. De suerte que el recurso al inventar utópico o, en el mejor de los casos, a la predicción futurista conjetural parece ser una verdadera constante en toda la reflexión americanista.

Y si se nos preguntase ahora a qué obedece esta constante, dónde encuentra su raíz última este peculiar fenómeno, responderíamos, inspirándonos en la famosa frase de Ortega y Gasset sobre el pueblo argentino<sup>19</sup>, que la razón profunda se halla en la dificultad que parece tener el hombre americano para comprenderse como un hombre sin más y contentarse así con ser un hombre entre otros hombres. Nos parece, en efecto, que al hombre americano le resulta difícil aceptarse como un hombre con posibilidades históricas determinadas y limitadas. Porque se comprende desde lo utópico, porque vive su mundo y su modo de ser desde el sueño de una promesa futurista, se cree llamado a ser más que hombre en un sentido simplemente humano. Quiere ser hombre por más allá de lo simplemente humano, quiere ser exponente consumidor de una humanidad perfectamente acabada y de cariz casi divino; siendo este afán de perfeccionamiento exageradamente optimista, es decir, utópico de lo humano lo que provoca su relación perturbada con lo simplemente humano y lo que le conduce, con tanta frecuencia, a formas inauténticas y bastardas de humanidad.

Desde la perspectiva abierta por las consideraciones anteriores podemos arriesgar la afirmación paradójica de que la verdad de América y del modo de ser americano consiste en su mentira. Al comienzo de estas reflexiones decíamos que el problema de América consistía en la problematicidad misma de su ser o verdad; es decir que el problema era el de la verdad de América. Y ahora, al final de nuestras consideraciones, comprendemos porqué el ser y la verdad de América aparecen como un problema. Son problemáticos, en efecto, porque no son lo que aparentan o pretenden ser. Su ser es el no ser y su verdad la mentira. El ser de América no es el ser imaginario de esa tierra de promisión llamada a ser el lugar verificador de una humanidad feliz. Ni su verdad consiste tampoco en ser representación de lo humano mejorado como ideal a realizar por el hombre. Así, conviene insistir en ello, el ser de América es el no ser de su utopía; y su verdad, la mentira de su sentido inventado.

Se nos entendería muy mal, sin embargo, si se pretendiese leer en lo anterior la intención de negar a América todo ser y toda verdad. Tal propósito sería ingenuo. De lo que se trata es de señalar simple y llanamente, que la invención de América como realidad con un sentido de carácter destinal para la humanidad toda es un engaño. América no

<sup>19</sup> Cf. José Ortega y Gasset, 'El hombre a la defensiva', en *Obras Completas*, tomo II, 6 ed. (Madrid 1963) p. 644.

es, América es una mentira; estas dos afirmaciones constatan el hecho simple de que América no es la tierra de *la* verdad del hombre. América vale como cualquier otra parte del mundo. Es una tierra en la que, como en cualquier otro lugar del mundo, el hombre vive y muere; es bueno y malo; se alegra y sufre; espera y desespera.

Así, más allá del mito, de la utopía y de la fábula, la tierra americana encuentra esa realidad simplemente real que la iguala solidariamente con cualquier otra región del mundo. América es una parte del mundo, y nada más; pero tampoco nada menos. El hombre americano es un hombre y nada más; pero tampoco nada menos. Y sin embargo, aquí empieza, es decir, aquí se decide todo; pues ser hombre es la empresa mayor y más peligrosa que puede proponerse un hombre.

RAUL FORNET BETANCOURT